

Esteban Bara, F. (2019). *La universidad light. Un análisis de nuestra formación universitaria*. Barcelona: Paidós, 233 pp.

El profesor Francisco Esteban retoma en este libro algunas de las inquietudes que ya abordó en trabajos anteriores, a saber, la deriva de la universidad, el rol de los miembros de la comunidad universitaria y el papel de las humanidades en esta formación. Todos estos temas y sus desarrollos son analizados por Esteban y advierte que, aunque las preguntas puedan ser formuladas por un individuo, la respuesta debe ser colectiva. Esteban no quiere ser el Holden de J. D. Salinger, pero este libro está lleno de avisos de un precipicio cercano.

La obra se organiza en cinco partes. En la primera, Esteban elabora un diagnóstico sobre la formación universitaria reciente. Comienza con una situación histórica, pero advierte que, si bien en la comparación con tiempos pretéritos es recomendable no caer en la idealización, es importante saber incorporar a la nueva cocina las recetas de la abuela. Esteban no propone una vuelta a la Edad Media ni una universidad dirigida por una versión moderna de Humboldt, sino un debate en el que la pedagogía universitaria de épocas anteriores tenga un papel importante. Como buen filósofo, nos propone aprender de los clásicos asumiendo que todos somos postkantianos. Y en esa reflexión colectiva, estamos necesitados de más diálogo cargado de dudas y menos rotundidad en las respuestas, menos rendirnos ante la adaptación y más interés por la orientación. Por otra parte, el autor repara en que el control, la rendición

de cuentas, la eficacia, la rentabilidad, los rankings, son cuestiones que nos alejan de la universidad como una comunidad de buscadores de conocimientos (p. 42). En este sentido, el liderazgo de otras disciplinas sobre las Humanidades es un síntoma de deshumanización de la formación universitaria, algo sobre lo que ya nos advirtió el profesor Llovet (2011) y el propio Esteban en otro trabajo recomendable (Esteban y Román, 2016). En definitiva, en esta primera parte se presenta a la universidad como un Ulises moderno que, por no seguir el consejo de Circe, se deja llevar por los cantos de sirena de la educación *fast food*, acercándose peligrosamente a su versión *light* (p. 45).

En la segunda parte, el autor reflexiona sobre la vida universitaria, y a mí me surge una primera pregunta retórica ¿quién, cuando se matriculó en la universidad por primera vez, no se interesó por las celebridades que estudiaron entre esas mismas paredes? Estoy de acuerdo con que el tiempo universitario es un regalo, es tiempo para el arte (p. 56) y debemos cultivar esas disciplinas inútiles de Ordine (2013) para exprimirlo al máximo. Ojalá entre todos, alumnado, profesorado y administración, sepamos orientar la formación universitaria a los porqués y no tanto a los cómo, a pesar de todas las trabas que nos vamos a encontrar en el camino (p. 78 y ss.). Por lo tanto, antes de que nuestra facultad haga realidad el *Zafarrancho en Cambridge* de Tom Sharpe (1995) debemos procurar impregnar nuestros espacios y nuestros procesos del *Aroma del tiempo* (Han, 2015).

En la tercera parte, Esteban pone el énfasis en el profesorado y propone un profesorado enamorado de la aventura universitaria humanizadora (p. 100), curioso (p. 112), un profesor que no deja de ser un estudiante (p. 116) y reflexivo (p. 123). Esa curiosidad, ese deseo por conocer, investigar, escribir, debatir y leer, debería ser el leitmotiv de cualquier docente universitario. Es cierto que Esteban no profundiza, en este libro, en las problemáticas asociadas al profesorado universitario de las cuales no son responsables y quizás permitan explicar en parte las urgencias que les alejan de los aspectos importantes; aspectos que según Deneault (2019) han contribuido a la consolidación de una *mediocracia* en el sistema universitario.

En la cuarta parte, el autor se dirige a los estudiantes invitándoles a ser y estar en la universidad, cultivando las que a su juicio son las cuatro virtudes del estudiante universitario (Esteban, 2015): esfuerzo, prudencia, autenticidad y elegancia. Estas virtudes requieren de paciencia y la universidad de hoy no les permite (como reclamaba Fito) pararse en el camino y pensar en lo que están viviendo y aprendiendo en la universidad. Particularmente, no comprendo a los estudiantes que pasan por la universidad sin que la universidad pase por ellos, y aquí llega la segunda pregunta retórica, ¿a qué han venido si no es aprender a dudar y a buscar el conocimiento en el fondo de los libros? Reclama el autor que debemos diferenciar entre las personas matriculadas en la universidad y los estudiantes universitarios (p. 173). Los estudiantes, como parte de esta comunidad

de buscadores de conocimientos, deben dedicarse a hacer cosas por el simple hecho de hacerlas de la mejor manera posible (p. 159), sin buscar el confort, sino complicándose la vida por el mero hecho de disfrutar de la incertidumbre del camino; nunca se sabe si te encontrarás con Estragón y Vladimir y entre los tres esperaréis a Godot.

En la quinta y última parte, el autor hace hincapié en la práctica educativa universitaria, centrándose en la relación entre profesores y estudiantes. Esteban identifica tres pilares en la pedagogía universitaria *light*: la utilidad de los aprendizajes, el predominio del entretenimiento y la desconsideración a la tradición. Sobre la primera ya nos hemos referido en párrafos anteriores. Sobre la segunda, Esteban reivindica el aburrimiento como parte del proceso de conocimiento y la importancia de las obras escritas sobre las versiones adaptadas de Netflix u otras plataformas (mejor leer a James Ellroy que ver *L.A. Confidential*, por mucho que te guste Kim Basinger o Russell Crowe, y mejor leer a Tolstoi en *Guerra y Paz* que buscar en Wikipedia la invasión napoleónica a Rusia, por poner otros ejemplos a los utilizados por el autor). Sobre la tercera, el autor reclama tres aspectos que a mi juicio son fundamentales para evitar consolidar la versión *light* de nuestras universidades: el valor de la clase magistral, del tiempo para preparar las clases y la necesidad de un clausuro por facultades que genere sinergias entre disciplinas y aborde cuestiones de índole pedagógica sobre los procesos universitarios. Porque detrás de todos

estos pilares actuales radica un afán por la rapidez, la inmediatez y la estupidez (por seguir con el mismo sufijo) que no debemos perder de vista. El conocimiento lento da altura, eso lo aprendimos con Tolkien esperando a que los Ents llegaran a algún acuerdo, pero cuidado con la altura porque también puede jugarte malas pasadas (eso y otras muchas cosas las aprendimos con Hans Castorp, Naptha y Settembrini en la obra de Mann). Si la reseña abusa de los ejemplos es porque también lo hace la obra reseñada, pero no sobran. No sobran porque los ejemplos animan a considerarlos y si no has leído a Mann, igual ahora te apuntas al plan. Tampoco es un capricho, porque la formación universitaria que mime la cultura es clave para la formación integral de los estudiantes (Lledó, 2018). Podemos cagarnos en Godard (Vallín, 2019) al mismo tiempo que le encumbramos al olimpo de los dioses cinematográficos, para lo cual es necesario un diálogo. Si, sostiene Esteban, conseguimos establecer un diálogo entre autores, libros y estudiantes, estaremos contribuyendo a la gran conversación de Hutchins; y para ello, propone el autor, tenemos herramientas a nuestro alcance como los seminarios (¿por qué no empezar por leer conjuntamente este libro?), las tutorías grupales o, añadido yo, los clubes de lectura —de ficción— en las bibliotecas de las facultades.

En 2007, el artista costarricense Habacuc, aprovechando una exposición en Managua, participó con una obra cargada de polémica: ató a un perro y le privó de comida hasta su muerte.

El perro muere y ante la avalancha de críticas, recogidas de firmas y denuncias públicas, el autor explicó que en ningún momento había impedido a nadie darle de comer ni desatarlo. Pero nadie intervino y el perro murió. Esteban ha identificado los problemas y ha propuesto algunas orientaciones para su abordaje. Nuestras deben ser las soluciones. Debemos convertir a la universidad en una comunidad de auténticos buscadores de verdades, bellezas y bondades que se comprometa con un mundo mejor, más humano, y para ello la tarea debe ser conjunta. Las aportaciones del autor son de indudable interés para la comunidad universitaria y su pedagogía, aprovechémoslas. Ningún libro cambia por si solo el curso de la historia (salvo honrosas excepciones como el *De rerum natura* de Tito Lucrecio Caro que acercó al gran público Stephen Greenblatt), pero seguro que este libro puede tener un papel importante si promovemos su lectura, su análisis y su reflexión conjunta.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Deneault, A. (2019). *Mediocracia. Cuando los mediocres toman el poder*. Turner.
- Esteban Bara, F. (2015). *El grupo de hombres y mujeres educados en la universidad*. En F. Gil Cantero y D. Reyero García (Eds.), *Educación en la Universidad de hoy* (pp. 98-112). Encuentro.
- Esteban Bara, F. y Román, B. (2016). *¿Quo vadis, Universidad?*. Editorial UOC.
- Han, B. (2015). *El aroma del tiempo. Un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse*. Herder.

Lledó E. (2018). *Sobre la educación. La necesidad de la Literatura y la vigencia de la Filosofía*. Taurus.

Llovet, J. (2011). *Adiós a la universidad. El eclipse de las Humanidades*. Galaxia Gutenberg.

Ordine, N. (2013). *La utilidad de lo inútil*. Acantilado.

Sharpe, T. (1995). *Zafarrancho en Cambridge*. Anagrama.

Vallín, P. (2019). *¡Me cago en Godard!* Arpa editores.

Gabriel Álvarez-López
Universidad de Salamanca